

Estudiar y construir la Cultura de Participación desde la interdisciplinariedad y la Ingeniería Social en el marco del quehacer científico en México

Edgar Josué García López (México).¹

Resumen.

El presente texto se divide en cuatro apartados: el primero ofrece un breve panorama histórico de las ciencias sociales y el quehacer científico en México; el segundo es un recorrido conceptual sobre el término interdisciplinariedad y los avatares que implica su ejercicio en la construcción del conocimiento en este país; el tercero corresponde a un bosquejo muy general sobre la Participación como fenómeno complejo que requiere ser abordado desde una perspectiva interdisciplinaria; para posteriormente concluir con una discusión sobre la pertinencia de construir la Cultura de Participación desde la Ingeniería Social.

Palabras clave.

Ingeniería social, Interdisciplinariedad, Cultura de Participación y quehacer científico

Abstract.

This article is divided into four sections: the first provides a brief historical overview of the social sciences and the scientific work in Mexico; the second is a conceptual tour of the term interdisciplinary and vicissitudes involving their exercise in the construction of knowledge in this country; the third is a general outline on participation as a complex phenomenon that needs to be studied from an interdisciplinary perspective; to then conclude with a discussion of the relevance of building the culture of Participation from Social Engineering.

Keywords.

Social Engineering, Interdisciplinary, Culture of Participation and scientific work

Las formas de hacer Ciencias Sociales en México

Sería deseable organizar y desarrollar una serie de estudios que tiendan al esclarecimiento del modelo ideal del científico social...

Larissa Adler-Lomnitz

Las Ciencias Sociales no son paradigmáticas, señala Ortiz (1999), la historia de ellas es diferente en cada lugar que enraíza, este es el eterno ideal que se mueve entre la universalización y el arraigamiento de los fenómenos sociales, no existen dos ciencias, advierte el autor, no una importada versus una autóctona, no una central versus una periférica u otras más. Sin embargo el grado de universalización es restringido explica Passeron (1995).

En México el desarrollo de la ciencia está entrelazado al desarrollo de las Instituciones Científicas y Académicas Públicas, caminos que en teoría deberían estar separados no lo están. Fuentes (1999) asegura que el estudio de la institucionalización del campo científico implica un análisis en dos dimensiones: primero sobre el proceso de su constitución social como universo simbólico específico, a lo que denomina institucionalización cognoscitiva, y segundo, el proceso de la organización objetiva de las instituciones especializadas en su producción y reproducción, denominada como institucionalización social y que no se refiere más que a las universidades. Los saberes toman importancia según las políticas públicas en turno que, en palabras del mismo autor, son resultado de los intereses de grupos de poder y de sus programas políticos. En materia de políticas científicas hay que considerar su impacto en la construcción de la calidad de vida de una sociedad. Es la institucionalización de la ciencia.

La historia del desarrollo científico en el país no sólo sirvió a comunidades científicas sino a políticas también, el resumen, según González (1992) es el surgimiento de un nacionalismo defensivo, de un Estado paternalista, asistencialista, hasta que entra en crisis y se convierte en populista, modelos que se vician y sirven a los intereses de algunos, que por lo mismo dejan de tener credibilidad. Cuando entraron en crisis, la economía y la política, también lo hizo el lenguaje y la concepción del mundo. Las clases dominantes

impulsaron el desarrollo de las ciencias sociales que sirviera a sus intereses, contando con grandes pensadores y eficaces métodos finos. El planteamiento neoliberal se hizo con el apoyo de grupos de poder.

Posteriormente el desarrollo de los mecanismos y sistemas de evaluación del quehacer científico en México, como el SNI, han marcado una constante dicotomía del conocimiento, donde predominan los criterios de las ciencias duras sobre las ciencias sociales y las humanidades. Aun cuando la intención sea fortalecer y potenciar el desarrollo del conocimiento y la tecnología, para Adler-Lomnitz (1999) existe un amplio margen entre lo que se diseña y lo que ocurre. El sistema de producción de conocimiento en el país, provoca pequeños cotos de poder, comunidades de científicos que se apropian de disciplinas y campos temáticos. Para Fuentes (1999) la ciencia y la actividad científica son productos culturales que resultan de procesos sociales específicos y que están sujetos a diferentes sistemas de relaciones; Mulkey (1975) supone que los científicos constituyen una comunidad orientada a la creación de conocimiento que posee una ideología elaborada y bien definida.

Los sistemas relacionales son vitales para cualquier científico, Adler-Lomnitz (1999) asegura que un individuo se convierte en miembro de la comunidad científica no sólo por su actividad en la ciencia, sino por su movilidad en las redes de intercambio con otros científicos. Esa interacción es lo que los hace visibles, perceptibles para el resto de la comunidad. El proceso de socialización de los científicos, continua la autora, es un transcurso largo que por lo menos incluye relaciones control mental y emocional, tutoriales y disciplina, pero también procesos liberadores; así el orden y el desorden son necesarios para la construcción del conocimiento. Berger y Luckmann (2001) reconocen ese conocimiento como un producto y factor de cambio social, relativo a la aprehensión de la realidad objetiva y a la producción continua de esta realidad. Es decir, conocimiento como parte y resultado de la interacción social, y que incluso para Clark (1992) es portador de herencias ancestrales, con carácter especializado y autonomía creciente.

En la socialización del científico social la ideología es fundamental ya que es una comunidad científica que no tiene fronteras, y que para Adler-Lomnitz (1999) les permite, quizá sólo coincidir en la búsqueda de la verdad mediante el método científico. Esa es una de las principales críticas que ha acompañado la producción de conocimiento en el país en los últimos años, el uso “del método científico” y no de “métodos científicos”, la “ciencia dura” sobre lo “social y las humanidades”; la otra crítica es sobre la institucionalización y politización de la producción científica, que ya se ha tratado en este texto. Los estudios acerca de la socialización de los científicos sociales poco han contribuido a la transformación de este campo. Por tanto sería deseable organizar y desarrollar una serie de estudios que tiendan al esclarecimiento del modelo ideal del científico social (Adler-Lomnitz, 1999).

En México pueden identificarse tendencias interpretables como movimientos hacia esa reestructuración de las ciencias sociales que con el tiempo, apoyo y consenso suficientes podrían fortalecerse y llegar a bosquejar una situación más promisoría que la actual. Por ahora, de manera aislada, la inercia ha obligado a muchos investigadores sociales a incorporar visiones antes ajenas a su trabajo, como establecer diálogos y debates transdisciplinarios y posdisciplinarios. Para Fuentes (1999) el signo más evidente de lo que está ocurriendo es la proliferación de doctorados en “Ciencias Sociales” a los que se inscriben un gran número de investigadores experimentados, y otros que no lo son tanto, que aun cuando son especializados en el título general, en los campos de investigación y objetos de estudio son trans o multi disciplinarios.

Los científicos sociales, explica Contreras (1996), están entrenados para descifrar y hacer comprensibles los mecanismos mediante los cuales se producen, reproducen y cambian las comunidades, instituciones, organizaciones, grupos, movilizaciones y vida cotidiana de los colectivos. Son profesionistas al servicio de la comunidad, o deberían serlo. Su función principal sería la de intervenir en la resolución de problemas concretos, de elaborar instrumentos de intervención con fines específicos. También la promover la cultura de participación durante este proceso, ya que las comunidades potencian su capacidad de

intervención sobre sí mismas cuando se hacen inteligibles los mecanismos que producen la organización y la desorganización, el orden y el desorden. En cierta forma cuando se habla del sentido práctico de las ciencias sociales, de lo que se habla es de Ingeniería Social.

Por otro lado, ser un científico social en México está muy lejos de lo que debería ser, existen gran cantidad de obstáculos e inconvenientes que se deben salvar, por ejemplo Contreras (1996) subraya la politización del quehacer científico, las posturas están divididas entre los que consideran que debe ser rechazada cualquier relación de este quehacer con el gobierno o la empresa, y los que creen que sólo al trabajar para el gobierno los científicos sociales cumplen legítimamente sus compromisos con la sociedad. Proveer insumos para la toma de decisiones públicas suele ser visto como el sentido político, institucionalista del científico social. Los incidentes entre pares es sólo otro caso, cuando no se interponen las burocracias, lo hacen los colegas con sus miradas agudas. Y qué decir de la presión por producir resultados de investigación con mayor frecuencia, tal es el caso de los que producen sólo para certificaciones y evaluaciones.

A pesar del hándicap, para Medina (1987) la ciencia es un proceso colectivo, sólo hay comunidad donde hay algo comunicable que estimule la inteligencia y participación de todos; el papel de los intelectuales en la sociedad, indica Touraine (1994), es ayudar a que el sujeto se manifieste, aumente su voluntad y su capacidad de ser un actor de su propia vida, pero para Popper (1994) la mayoría de los científicos se casan con un problema y no ven más allá. Al respecto Bourdieu (2008) cree que el campo del pensamiento científico apenas pasa una revolución inaugural. Aún hay mucho por hacer.

De acuerdo con Ortiz (1999) al hablar de ciencias sociales se debe evitar tomar dos actitudes radicales: tomar los clásicos como un saber acabado o bien imaginar que todo cambió y por lo tanto todo lo anterior es incompatible con los tiempos actuales. Ambas posturas culminan en un nirvana conformista que limita la innovación y desarrollo científico, por lo que debería ser inaceptable que los científicos, sobre todo los sociales, partieran de una teoría general deductiva, una ley, como suele ocurrir. Se establecen

fronteras, límites, parcelas de conocimiento donde las disciplinas dejan de conversar entre sí. Ortiz (1999) también considera que la especialización disciplinar y subdisciplinar es comprometida y endurecida.

Hay otros científicos, los que se hacen de artilugios para establecer canales de comunicación con otros campos, con otros saberes, establecen canales más sólidos sobre fronteras cada vez más blandas. Buscan formas de romper las barreras de la especialización. Ortiz (1999) opina que el científico se abre nuevas formas, hipótesis, e imaginaciones al escapar de la rutina disciplinar, se vuelve móvil y no enraizado, lo que permite buscar renovadas categorías para articular una fresca comprensión de los fenómenos sociales. Lo cual, para González (1992) siempre es un riesgo porque si un paradigma² falla, también fallan otros elementos de la realidad y de sus explicaciones, la relación entre ambos se fractura y puede dar pie a dos grandes procesos: el desencanto o el renacimiento. Sólo como referente se puede aludir a la crisis de los países del socialismo real que tuvo un fuerte impacto en la construcción de paradigmas sociológicos. Por otro lado, los paradigmas neoliberales tampoco han demostrado eficiencia, los conflictos que atiende se agudizan con el tiempo, como la desigualdad económica. Los cambios en la sociedad se reflejan en la construcción de paradigmas y viceversa.

La condición actual del desarrollo científico se puede atender de dos formas, actuar o seguir la inercia; González (1992) describe ésta última como conformismo, quedarse inmóvil; el pensamiento conservador inicia cuando alguien dice que no hay nada que hacer. Así se refería Fukuyama (1992) al fin de la historia, lo cual es grave. La otra forma es más complicada, transformar la ciencia, implica asumir que el mundo, el destino de todos, no está determinado. Se puede cambiar el mundo, es muy alentador, insiste González (1992): todas las ciencias lo confirman, las verdaderas crisis son aquellas donde un hombre se queda sin qué decir.

Si el cambio social comienza en la forma en la que se explica el mundo ¿por qué no cambiar las preguntas? ¿Por qué no romper los límites de una ciencia que parece haber sido

superada hace tiempo?; El mundo está cambiando, la gente lo está provocando; un ejemplo que González (1992) utiliza para ilustrar el punto es la democracia emergente, un fenómeno a nivel mundial que se acentúa con la idea de que el futuro no tiene por qué estar en grupos de poder económico sino en el de las mayorías, algo que ya se ha tenido antes, pero ahora con la ventaja de la experiencia. Esto es un principio de la Cultura de Participación.

El lugar de la interdisciplinariedad entre las nuevas formas de hacer ciencia.

Ortiz (1999) se pregunta si el panorama que recién se describió ¿será el fin de las fronteras disciplinarias?, la respuesta no es simple. Morin (1990) considera que lo primero que se debe transformar es el pensamiento, una visión compleja para fenómenos complejos. El término complejo tiene una carga semántica pesada, dice el autor, es una palabra problema, no una palabra solución. Es un error creer que la complejidad conduce a la eliminación de la simplicidad. El Pensamiento Complejo, argumenta el autor, aspira al pensamiento multidimensional, a la tensión permanente entre la aspiración a un saber parcelado, no dividido, no reduccionista y el reconocimiento de lo inacabado del conocimiento. Significa distinguir pero no aislar. Es necesaria una toma de conciencia radical ya que el conocimiento opera bajo la selección de datos significativos y el rechazo de los no significativos (Morin, 1990).

El ser humano no dispone de medios para concebir la complejidad de los problemas, por lo que debe construir nuevas formas de intervenir en el mundo, desde la práctica y desde la ciencia; este es un principio de la Ingeniería Social. La realidad es un tejido de fenómenos, naturales y sociales que requieren un cierto orden para poder explicarse e intervenir, y que no debe reducirse a pensamientos dogmáticos; lo que implica un tendido de puentes entre disciplinas para reducir paradigmas simplistas que buscan ordenar el mundo y perseguir el desorden. Para Morin (1990) orden y desorden son necesarios en la complejidad, es como un diálogo permanente con el descubrimiento que impone una reflexión de la complejidad misma y establece un camino entre las estrategias y los

programas; lo aclara cuando señala que el programa no obliga a estar vigilante, no obliga a innovar, la estrategia sí. Asegura que utilizar una acción programada permite concentrar la atención en lo que es importante, es decir, en aplicar la estrategia a los elementos aleatorios. En sí, el pensamiento complejo no resuelve los problemas, pero ayuda a constituir una estrategia para hacerlo, termina diciendo el autor.

Un pensamiento complejo para una realidad compleja conduce a un conocimiento interdisciplinario, un abordaje interdisciplinar que no pretenda aislar a unos objetos de otros y que sí permita observar los diversos factores y dimensiones de la realidad. Sin embargo la interdisciplinariedad debe afrontar la institucionalización y politización del quehacer científico, no sólo en los centros de investigación, sino también en los educativos. Pedroza (2006) critica la división arbitraria del conocimiento que produce islas disciplinarias, cuyo origen se remonta a la fundación de las universidades; la organización académica de la universidad descansa en la especialización.

Por supuesto que también hay instituciones flexibles, que han propuesto modelos para integrar el conocimiento, desde la multidisciplinariedad hasta la transdisciplinariedad, han diseñado programas curriculares con diálogo entre disciplinas de manera paralela, complementaria, interrelacionada o transversal, cuyo objetivo principal ha sido la unidad de conocimiento, el fomento de actitudes intelectuales y críticas, así como la depuración de conocimientos, la diversificación cultural, la adaptación para vivir en un mundo complejo, y la comprensión de lo social. El mejoramiento de la Universidad a través de la interdisciplinariedad, desde un punto de vista no únicamente de la economía, presupone un debate cognitivo y social (Pedroza, 2006).

En materia de Educación la característica primordial de la interdisciplinariedad reside en su búsqueda de convergencias entre disciplinas, no el señalamiento de las diferencias. Para Lenoir (2013) existe un abismo entre lo que se diseña y lo que se aplica, las concepciones de los maestros suelen limitarse al empleo de varias disciplinas, sin considerar potenciales interacciones de las mismas, predominando en la práctica el interés de ciertos campos de la

ciencia que son socialmente valoradas y el descuido de otras que se llegan a considerar complementarias. No se debe perder de vista que educar en y desde la interdisciplinariedad implica vincular razones, emociones y quehaceres, garantizar la gestión y la formación, adoptar uno o varios modelos interdisciplinarios en un currículum integrador que sea coherente con la didáctica y la pedagogía.

La noción de interdisciplina, describe Lenoir (2013), es interpretada según la cultura que la define, en la literatura se encuentran ejemplos como el de Francia que se enfoca en el saber, Estados Unidos de Norteamérica se focaliza en el hacer social, y Brasil lo hace en el sujeto. Aun así el autor encuentra cuatro campos comunes de operacionalización en todas ellas, que son el científico, el práctico, el escolar y el profesional; todos ellos coinciden en que la interdisciplinariedad designa las interacciones entre dos o más disciplinas y sus conceptos, sus procedimientos, técnicas y métodos.

El fenómeno de la Participación como objeto de estudio interdisciplinario.

Fenómeno complejo es la participación, diversas variables como factores y circunstancias se conjugan en el proceso, por lo que estudiarle desde una sola disciplina es inoperante, la interdisciplinariedad parece ser una alternativa para su abordaje. La Cultura de Participación es un fenómeno variado en cada contexto, por lo que no se puede medir cada uno de ellos con una teoría general; requieren un enfoque interdisciplinario ya que son polifacéticos y multiformes, complejos y difíciles de medir. Por lo tanto cada contexto debe estudiarse por separado, cada uno en su devenir histórico y social para una mejor comprensión. La gran observación es que las teorías, perspectivas o paradigmas necesarios para estudiar los fenómenos participativos requieren una integración mayor de la teoría y de la práctica. Éstos últimos deben analizarse desde perspectivas cuantitativas y cualitativas, en el marco de las políticas públicas y en el de la organización social cotidiana, desde enfoques teóricos y aproximaciones disciplinares; mejor aún, interdisciplinariamente.

Cuando se habla de estudios sobre procesos participativos hay diversas variables que se deben atender desde la interdisciplinariedad, a reserva de que se ha de ahondar en ellos en futuros textos, se considera pertinente revisar de forma somera un par de ejemplos como introducción al tema. Entre los fenómenos que aparecen como necesarios e ineludibles está el del espacio. Uno de los referentes obligados en esta materia es De Certeau (2000), que desde su perspectiva el espacio no es más que un lugar practicado, un cruce de elementos en movimiento, así los caminantes transforman en espacio la calle, definida por el urbanismo como lugar. El término espacio es más abstracto que el de lugar, la distinción entre no lugares y lugares pasa por la oposición del lugar con el espacio, de acuerdo con Augé (1992). Para el autor un lugar es el espacio de identidad, es relacional e histórico. En tanto que el No Lugar es un espacio que no puede definirse ni como un espacio de identidad, ni como relacional, ni como histórico, son realidades complementarias pero distintas, relacionado con ciertos fines como transporte, comercio, ocio; espacios de tránsito, autopistas, comercios, habitaciones de hotel, entre otros. Quedará pendiente la revisión del espacio en un sentido más detallado, como el geométrico, el antropológico y el existencial que distingue Merleau-Ponty (1993), entre otros.

Mientras tanto en el marco del espacio como territorio, Giménez (1996) admite que la pertenencia socio-territorial se articula y combina en un mismo individuo con una multiplicidad de pertenencias de carácter no territorial, como la identidad religiosa, política, ocupacional o generacional, por mencionar algunos; este apego asume un valor simbólico-expresivo y una carga emocional por sí mismo. Así parece ocioso hablar de "desterritorialización" con respecto a las formas objetivadas de la cultura en términos ecológicos o etnográficos. No se puede arrancar de su lugar un geosímbolo. La sociología ha comprobado que la matriz cultural identitaria no se altera, sino que solo se adapta a nuevas situaciones. Entiéndase, explica Santos Jara (1991), que la identidad se recompone, se redefine y se readapta sobre la base de la antigua identidad y de la matriz cultural que la soporta. La cultura no pertenece a ningún espacio, sobre todo por los flujos migratorios que la trasladan, pero el estudio de la cultura sí. No obstante Ortiz (1999) considera que sí es

necesario una mirada desterritorializada para partir a construir objetos de estudio. La nueva forma de referencia para comprender los procesos participativos deberá ser el mundo.

Como se puede observar, la configuración del fenómeno espacio, como un sistema complejo, alienta su estudio desde una dimensión interdisciplinaria que permita atenderle desde todos los flancos posibles; con el fenómeno de la participación ocurre lo mismo. Aun cuando en otros textos se ha podido ahondar en ello (García, 2014 y 2012 y García y Dueñas, 2012 y 2011) es importante señalar algunos apuntes más que ayuden a reformular, en términos metodológicos, definiciones clásicas y contemporáneas. Se puede identificar en la historia de los estudios sobre participación que todas las teorías que la han tratado directa o indirectamente, aportan elementos para comprender mejor el fenómeno desde el reconocimiento de tres variables constantes: política, economía y desarrollo; no precisamente juntas y en ese orden.

La formación y consolidación de redes sociales de profundas raíces que modifican comportamientos de la sociedad civil son conocidas desde hace algunos años como Colectivos Sociales, entendido así, la condición organizativa debe definirse en relación con la participación del individuo en un sistema de redes sociales y comunitarias que operan contra la vulnerabilidad económica y que constituyen un componente del capital social para el desarrollo local. La organización social en colectivos tiene históricamente un origen popular, campesino y proletario, su disolución es selectiva, hay periódicamente un interés por mantenerlos activos, pero alejados de las políticas públicas. Si los individuos organizados inquietan tanto a los grupos de poder de un país, es porque les demuestran a estos últimos la relatividad de las certidumbres vinculadas con la estabilidad social. Por el otro lado la participación ciudadana, por ejemplo, tiene en gran medida un trasfondo económico y político de impacto local y mundial en aras de la democracia.

En tiempos recientes se puede observar que los grupos se han dividido en diversas formas de organización colectiva, las hay esporádicas, rígidas, flexibles, políticas, civiles, lucrativas, filantrópicas e incluso en términos de Galindo y González (2013) las hay

estéticas, entre otras. También se encuentran aquellos para los cuales actuar en colectivo ya no es pasajero sino permanente, ya no es una moda, es un estado de vida como nueva forma espacial de existencia y reproducción social. Un modo de movilidad y movilización que lo mismo atrae como inquieta.

Un número considerable de elementos en permanente interdependencia acompañan al espacio y la organización social como factores y circunstancias en que se desarrolla el fenómeno de la participación cotidianamente, esa complejidad que la característica que parece justificar las miradas interdisciplinarias que se propone consolidar para su estudio, comprensión, transformación y reproducción; esa misma cualidad es la que promueve el interés de atenderle desde la Ingeniería Social.

La construcción de Cultura de Participación y la Ingeniería Social.

Las nuevas formas de observar y comprender la Participación han dado origen a su acercamiento con nuevas perspectivas y explicaciones más dinámicas como la Ingeniería Social en general y la Ingeniería en Comunicación Social en particular.

A grandes rasgos la Ingeniería Social puede ser identificada como la organización, los procesos, los programas y las tecnologías que entre otros elementos componen la dinámica social; pero también se le puede identificar como el manejo, la dirección o la transformación de esos mismos elementos. Así aunque parece complicado comprenderle en su totalidad, debe ser sencillo atenderle como una entidad de dos caras; por un lado en su sentido teórico como un grupo de formas de interpretaciones y metodologías que buscan percibir principalmente tanto programas históricos como tendencias y proyecciones. Por otro lado, en su sentido pragmático, como un proceso que a partir de ese conocimiento pretende establecer modelos viables, factibles, operantes con la finalidad de promover tres situaciones posibles: mantener el status quo, modificarlo parcialmente o transformarlo completamente.

Para Badina (1973), la Ingeniería Social implica un enfoque multidisciplinario / interdisciplinario porque la realidad es compleja y dinámica, con fenómenos interconectados y relaciones múltiples, diversas y universales. Por lo que un ingeniero social, como interventor instrumental que dice los qué y los cómo, debe dominar las fases teorías como prácticas de la ingeniería social y debe tener habilidades para la interdisciplinariedad. Por su parte Popper (1982) considera que el ingeniero social no asume al hombre como un ser predeterminado por un destino, sino que éste puede ser capaz de modificar su tendencia.

“Una ciencia semejante tendría que indicarnos los pasos a seguir si deseáramos, por ejemplo, eliminar las depresiones, o bien, producirlas; o si deseáramos efectuar una distribución de la riqueza más pareja, o bien, menos pareja. En otras palabras: el ingeniero social toma como base científica (...) una especie de tecnología social” (Popper, 1982: 36-37).

Galindo (2012) desde una perspectiva constructivista y cibernética de segundo orden describe la Ingeniería Social como:

“La aplicación de conocimiento específico de lo social, sobre lo social y para lo social, a la invención, perfeccionamiento y utilización de reglas prácticas para construir formas de compañía, de asociación y comunidad. Una perspectiva amplia que considera cualquier tipo de conocimiento social como utilizable para la construcción de relaciones entre los individuos y los grupos que buscan convivir en un mismo tiempo-espacio. Se complementa con la configuración de operaciones para formar, fomentar, evolucionar, enriquecer, la vida en sociedad, en compañía. El énfasis está en la relación entre el conocimiento social y las formas técnicas de construcción de la convivencia en sociedad” (2012).

La construcción de Cultura de Participación y la Ingeniería Social tienen una estrecha relación, como puede consultarse más detalladamente en García (2012); prácticamente todo proceso de Ingeniería Social tiene una fase de construcción de Cultura de Participación y todo proceso de construcción de Cultura de Participación es mediada por la Ingeniería Social. Bajo la mirada de la ingeniería (en comunicación) social, en el fenómeno de la participación, como en cualquier otro, conviven dos grandes sistemas de información que desembocan en formas de acción del quehacer cotidiano; el primero se refiere a los

sistemas históricos, los sistemas de información *per se* que han pasado de generación en generación y que representan pautas de comportamiento como programas (pre) determinados; los segundos, los sistemas de comunicación, son los sistemas transformados, nuevas pautas de comportamiento, adecuaciones, adaptaciones, o cambio radicales en el comportamiento social que contienen nuevos significados, otros valores. Tanto sistemas de información como sistemas de comunicación se tejen y entretejen en un tiempo y un espacio simultáneos, si los sistemas de comunicación prevalecen sobre los otros se convierten en sistemas de información y entonces se confrontan a otros sistemas de comunicación en emergencia en un proceso constante, dialéctico.

En la constante “sistemas de información versus sistemas de comunicación” la Cultura de Participación se construye mediante sistemas, llamados en correspondencia Sistemas de Participación que a su vez se visibilizan en lo cotidiano en otros subsistemas operantes: subsistemas de organización, subsistemas de ideologías, subsistemas de tecnologías, subsistemas de instrumentación y subsistemas de conocimiento (este último compuesto por un ciclo de información y comunicación). Tanto el enfoque interdisciplinario como la Ingeniería Social son necesarios para comprender, explicar y transformar la Cultura de Participación, como sistema, por su cualidad compleja.

Para Galindo (2012) existe un común denominador en el desarrollo de los sistemas de información y comunicación que componen la vida social a lo largo del tiempo, se refiere a un invariable comportamiento bilateral entre la lucha, la competencia, el conflicto y la dominación por un lado y la solidaridad, la colaboración, la cooperación y la coordinación por el otro. Ambos operan en las mismas ecologías, pero con vectores de composición y efectos distintos según las circunstancias. Asumiendo entonces que la participación no es un fenómeno aislado, ni determinado, sino un proceso en permanente construcción, el papel del ingeniero social entonces se ambiciona primordial para observar cuándo es conveniente para la construcción de Cultura de Participación la presencia de una combinación de ambos comportamientos, en momentos más cargado a uno que a otro o en equilibrio de ambos.

“...para ello, requiere de la observación sistematizada de los científicos sociales aportando los esquemas, las regularidades, los tipos, los modelos, presentes en el mundo social. De ellos aprende el ingeniero para aplicar ese conocimiento a resolver problemas concretos de convivencia, o al diseñar o proponer estrategias de construcción y desarrollo.” (Galindo, 2012:18).

Sin embargo, aun cuando parece evidente la necesidad de estudiar fenómenos complejos, como lo es la Cultura de Participación, desde perspectivas no tradicionales, en México, como en otros países, intentar hacer investigación interdisciplinaria es complicado, los investigadores científicos, sobre todo en lo social, trabajan en solitario, en su mayoría aislados de las redes, de los intercambios y del diálogo. Trabajan sobre modelos aprobados por comunidades científicas que se mueven lentamente sobre el desarrollo de las sociedades, no en vano se suele decir que las Ciencias Sociales siempre van un paso detrás de la vida social, por ello sólo la registra, poco proyecta y propone.

El camino del quehacer científico en México ha sido largo y lo seguirá siendo; hablar de hacer Ingeniería Social parece un escenario remoto, tal vez lo es, aunque existen cada vez más ejemplos de acción desde la academia y desde la sociedad civil que visibilizan posibilidades. En efecto hay un bagaje histórico a contracorriente en la construcción de la ciencia y del conocimiento en México, afortunadamente en estudios sobre participación se empieza a hacer recorrido.

Referencias documentales.

Adler-Lomnitz, L. (1999). Políticas científicas y ciencias sociales. En Reguillo, R. y Fuentes, R. (coords.). *Pensar las Ciencias Sociales Hoy. Reflexiones desde la cultura*. Guadalajara: ITESO.

Augé, M. (1992). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Badina, O. (1973). La ingeniería social y la importancia de la investigación científica. En *Revista Mexicana de Sociología*. Núm. 3. Editorial IIS. UNAM. julio-septiembre.

Berger, P. y Luckmann, T. (2001) *La construcción social de la realidad*. Argentina: Amorrorto Editores.

Bourdieu, P. (2008) *Homo Academicus*. México: Siglo XXI Editores.

Clark, B., (1992). El sistema de educación superior. Una visión comparativa de la organización académica. México: UAM.

Contreras, O. (1996). “Las ciencias sociales y la vida real”. En *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, vol. II, núm. 4, diciembre, pp. 137-149. México: Universidad de Colima. En la red: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31600408> Consultado el 8 de marzo de 2014.

De Certau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano I. Artes de Hacer*. México: UIA-ITESO.

Fuentes, R. (1999). Institucionalización y posdisciplinarización de las Ciencias Sociales en México. En Reguillo, R. y Fuentes R. (coords.). *Pensar las Ciencias Sociales Hoy. Reflexiones desde la cultura*. Guadalajara: ITESO.

Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Editorial Planeta.

Galindo, J. (2011) *Ingeniería en Comunicación Social y Promoción Cultural. Sobre Cultura, Cibercultura y Redes Sociales*. Argentina: Homo Sapiens / Universidad Nacional del Rosario / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Galindo, J. (2012) *Ingeniería en Comunicación Social y Deporte*. México: INDECUS A.C.

García, E. (2014). *Introducción a la Cultura de Participación. Participación, Currículum y Educación Superior*. México: Universidad del Centro de México y Grupo hacia una Ingeniería en Comunicación Social.

García, E. (2012). El lugar de la construcción de cultura de participación en la ingeniería social. Apuntes para reflexionar la práctica. ALTER, ENFOQUES CRÍTICOS. Año III, Núm. 5 Enero – Junio.

García, E. y Dueñas, R. (2012). El estudio de la cultura de participación, aproximación a la demarcación del concepto. En razón y palabra. Disponible en http://www.razonypalabra.org.mx/N/N80/M80/07_DuenasGarcia_M80.pdf.

García, E. y Dueñas, R. (2011). El papel de la educación escolar en la construcción de cultura de participación y de ciudadanía democrática. En *Razón y Palabra*. Disponible en http://www.razonypalabra.org.mx/varia/77%203a%20parte/52_DuenasGarcia_V77.pdf.

González, P. (1992). Paradigma y Ciencias Sociales. Discurso Doctorado Honoris Causa. En la red: <http://148.206.53.230/revistasuam/dialectica/include/getdoc.php?id=385&>

Lenoir, Y. (2013). “Interdisciplinariedad en educación: una síntesis de sus especificidades y actualización”. Vol. 1, Núm. 1, Revista Interdisciplina. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México (CEIICH-UNAM), México. En la red: <http://132.248.129.5/cursosOJS/index.php/Interdisciplina/article/view/575> Consultado el 20 de marzo de 2014.

Medina, J. (1987). Responsabilidad de la inteligencia- México: F.C.E.

Merleau-Ponty, M. (1993). Fenomenología de la Percepción. Madrid: Planeta

Morin, E. (1990). Introducción al pensamiento complejo. España: Gedisa.

Mulkay, M. (1975) Social Process of Innovation (Studies in Sociology), London.

Macmillan. Citado por Fuentes en En Reguillo, R. y Fuentes R. (coords.). Pensar las Ciencias Sociales Hoy. Reflexiones desde la cultura. Guadalajara: ITESO.

Ortiz, R. (1998) “Ciencias Sociales, globalización y paradigmas”. En Ortiz, R. (1998), Otro Territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo. Colombia: Convenio Andrés Bello. Pp157-158.

Passeron, J.C. (1995) O Raciocinio Sociológico, Petrópolis Voces. En Ortiz, R. (1998), Otro Territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo. Colombia: Convenio Andrés Bello.

Pedroza, R. (2006). “La interdisciplinariedad en la universidad”. Tiempo de Educar, Vol. 7, Núm. 13, enero-junio, Universidad Autónoma del Estado de México. En la red: <http://www.redalyc.org/pdf/311/31171304.pdf> Consultado el 28 de marzo de 2014.

Popper, K. (1994). "A world of propensities", citado por Manuel Travijano. En torno a la ciencia. En Contreras, O. (1996). "Las ciencias sociales y la vida real". En Estudios sobre las Culturas Contemporáneas, vol. II, núm. 4, diciembre, pp. 137-149. México: Universidad de Colima. En la red: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31600408> Consultado el 8 de marzo de 2014.

Popper, K. (1982). La sociedad abierta y sus enemigos. Barcelona: Paidós.

Popper, K. (1981). Miseria del historicismo. Madrid: Alianza.

Santos Jara, E. (1991). "Migraciones internas e identidad cultural", ponencia (inédita). Presentada en el XVIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, La Habana, Cuba, 1991. En Giménez G. (1996). "Territorio y Cultura". En Estudios sobre las Culturas Contemporáneas, Número 4, Epoca II, Vol. II, Universidad de Colima, 1996.

Touraine, A. (1994). Crítica de la modernidad. Buenos Aires: F.C.E.

¹ Profesor - Investigador de la Universidad del Centro de México en San Luis Potosí, México. Miembro del Grupo hacia una Ingeniería en Comunicación Social (GICOM). Doctorando del Programa en Estudios Interdisciplinarios en Ciencias y Humanidades UNAM-UADEC. Sus principales líneas de investigación versan sobre Cultura de Participación, colectivos sociales y espacio público. edgarjosuegl@hotmail.com

² González (1992) lo define como un modelo, una forma de plantear y resolver problemas que sirven de guía a actores y a investigadores. Estos sólo abandonan paradigmas cuando las anomalías en el conocimiento y las prácticas rebasan el modelo de intervención e investigación.